

«Acabamos de recibir de manos del embajador de España la renuncia del príncipe Antonio, en nombre de su hijo Leopoldo, á la candidatura al trono español. A fin de que esta renuncia del príncipe Antonio produzca todos sus efectos, parece necesario que el rey de Prusia se adhiera á ella y nos dé la seguridad de que no consentirá de nuevo esta solicitud. Sírvasse usted ver inmediatamente al rey para pedirle esta declaracion, que no puede negarse á dar si no tiene segundas intenciones. A pesar de la renuncia, que es ahora conocida, es tan grande la excitacion de los ánimos, que no sabemos si conseguiremos dominarla. Haga usted de este telegrama una copia modificada para que la pueda comunicar al rey. Conteste usted tan pronto como le sea posible.»

Una carta que el emperador escribió á Gramont despues de su partida de Saint-Cloud, y que éste recibió á las diez de la noche del mismo dia, prueba que el telegrama enviado á Benedetti correspondia completamente á las intenciones del emperador comunicadas en Saint-Cloud á Gramont. Esta carta decia así:

«Palacio de Saint-Cloud, 12 de julio de 1870.

»Mi querido duque: Reflexionando sobre nuestra conversacion de hoy y repasando el despacho del príncipe Antonio, veo que nos debemos limitar á dar mayor precision y fuerza al despacho que usted quedó encargado de enviar á Benedetti, y que debemos insistir marcadamente en los puntos siguientes:

»1.° Tenemos que entendernos con Prusia y no con España.

»2.° El despacho del príncipe Antonio dirigido á Prim no es para nosotros ningun documento oficial ni nadie tenia derecho á comunicárnoslo.

»3.° El príncipe Leopoldo aceptó la candidatura al trono de España y ahora renuncia su padre.

»4.° Por lo mismo debe insistir Benedetti, conforme se le ha encargado, en obtener una contestacion categórica, obligándose el rey para en adelante á no permitir que el príncipe Leopoldo, que no se ha obligado á nada, siga el ejemplo de su hermano y pase el dia menos pensado á España.

»5.° Mientras no tengamos una comunicacion oficial de Ems, no podemos admitir que se haya hecho justicia á nuestras justas exigencias.

»6.° Mientras no tengamos esta contestacion continuaremos nuestros armamentos.

»7.° Por lo mismo es imposible que presentemos á las cámaras una comunicacion antes de estar mejor informados.

»Reciba usted, querido duque, la seguridad de mi sincera amistad.—NAPOLEON (1).»

A la misma hora del dia 12 de julio en que el emperador y el duque de Gramont convinieron en la nueva exigencia que Gramont telegrafió á las siete de la noche á Benedetti, uno y otro hicieron inevitable la guerra por su resolucion libérrima, pidiendo mucho mas que el simple concurso de la Prusia para obtener la renuncia del príncipe; y lo que habia ya sido rechazado como lo mínimo de sus exigencias, no podia menos de serlo tambien cuando se pasó de este mínimo, hasta el punto de exigir para mas adelante garantías de que no seria aceptada la corona de España por el mismo príncipe. Si Benedetti hubiese tenido la menor idea de la nueva exigencia y de que habia de servir únicamente para dar un pretexto á la guerra, no habria tenido valor para presentarla y habria comprendido todo el juego; por eso le ocultó el gobierno el encargo que habia dado al embajador prusiano.

(1) Publicada por Gramont en su obra: *La Francia y la Prusia*, página 136.

Por la mañana temprano del dia 13 de julio fué Benedetti á comunicar al rey de Prusia el nuevo encargo que á las doce de la noche habia recibido de Paris. Encontró al rey paseando cerca de la fuente, en el sitio que ahora está conmemorado por un pequeño monumento. El rey tenia en la mano un suplemento de la *Gaceta de Colonia*, en el cual un telegrama particular de Sigmaringen anunciaba la renuncia del príncipe. Benedetti le dió cuenta del telegrama oficial que Olózaga habia comunicado al ministerio de Negocios extranjeros de Paris y añadió lo siguiente, segun explica en su comunicacion á Gramont (2): que la resolucion del príncipe no tenia ningun valor para la Francia si no era aprobada por S. M.; y que además era necesario una garantía de que no se permitiria al príncipe volver al proyecto que acababa de abandonar. «Esta seguridad necesaria para restablecer la confianza, solo puede ser dada á la Francia por el rey de Prusia, y yo he sido autorizado por S. M. el emperador para suplicarle que V. M., en tal caso, prohiba al príncipe volver á presentar su candidatura.» El rey contestó que nada sabia todavía respecto de la resolucion del príncipe, pero que esperaba á cada hora la noticia de lo que hubiese, por cuyo motivo no podia dar ninguna explicacion al embajador, ni de consiguiente tampoco la declaracion que pedia. Benedetti repuso que no podia dudarse de la renuncia del príncipe en vista de la comunicacion que su padre habia dirigido al ministro español; que por lo demás se podria tratar del asunto en la suposicion de que dentro de poco la renuncia habia de ser un hecho, y de esta manera podia el rey prometer anticipadamente usar de su autoridad para impedir toda nueva tentativa en este sentido.

El rey dijo: «Usted desea que contraiga una obligacion sin fijar tiempo ni circunstancias, y yo no puedo contraerla,» y añadió que hasta tal grado no podia enajenarse su libertad de resolucion; que en todo caso tenia que reservarse el derecho de consultar las circunstancias segun las varias vicisitudes que pudiera traer el porvenir; que no tenia segunda intencion, pues ya el asunto le habia dado demasiado dolor de cabeza para no desear verlo sepultado definitivamente, pero que le era imposible ir tan lejos como se pedia.

A esto contestó Benedetti: «Podria explicarme en cierto modo que el soberano de Prusia ó su gobierno no quisieran atarse las manos para el porvenir; pero manteniéndome en el terreno en que V. M. se ha colocado, me dirijo al jefe de la casa de Hohenzollern, y como tal jefe puede V. M. aceptar seguramente y sin peligro de ninguna clase la exigencia que me han encargado presentar.» El rey, sin embargo, continuó inquebrantable; Benedetti comprendió que no lograria nada mas, y el rey puso fin á la entrevista en medio de la calle diciendo que no podia hacer esta nueva é inesperada concesion.

Esta fué la única conversacion que en aquel dia tuvo el rey con Benedetti, conversacion penosa para ambas partes, pero en la cual no se dijo una sola palabra que hubiese excedido de los mas estrechos límites de la cortesía, á pesar de la justa indignacion que debió de sentir el rey interiormente.

Hacia mediódía recibió el rey Guillermo la comunicacion de su embajador en Paris y la contestacion del príncipe Antonio de Sigmaringen; y á las dos de la tarde encargó á su edecan de servicio, el príncipe Radziwill, que dijese al conde de Benedetti que S. M., una hora antes y por medio de una carta del príncipe de Hohenzollern-Sigmaringen, habia recibido la confirmacion de lo que el conde le habia comunicado por la mañana tocante á la renuncia del príncipe

(2) En su despacho del 13 de julio, publicado en la obra de Gramont, página 376.

Leopoldo á su candidatura al trono de España, noticia que el conde habia recibido directamente de Paris, y que de consiguiente S. M. consideraba este asunto como concluido.

El conde de Benedetti replicó, sin embargo, que desde su conversacion con el rey habia recibido un nuevo despacho del duque de Gramont que le encargaba solicitase una nueva audiencia de S. M. y repetirle otra vez el deseo del gobierno francés, que era:

1.° Aprobar la renuncia del príncipe de Hohenzollern.

2.° Dar la seguridad de que tampoco se volveria á repetir esta candidatura en adelante.

A esto mandó contestar el rey, por medio del príncipe Radziwill, que aprobaba la renuncia del príncipe Leopoldo en el mismo sentido y límite en que habia aprobado su aceptacion; que habia recibido la comunicacion escrita de la renuncia del príncipe Antonio, autorizado para esto por el príncipe Leopoldo; y que tocante al segundo punto, el de la seguridad para el porvenir, solo podia referirse á lo que habia dicho aquella misma mañana al conde.

Benedetti aceptó agradecido esta respuesta de S. M. diciendo que la comunicaria segun estaba autorizado á su gobierno; pero que tocante al segundo punto, tenia que sostener su solicitud de una nueva entrevista con S. M., porque el último despacho del señor de Gramont se lo acababa de encarregar expresamente, aunque no fuese sino para oír las mismas palabras de boca de S. M., tanto mas cuanto que en este último despacho se encontraban nuevos argumentos que deseaba presentar á su consideracion.

Sobre esta nueva súplica envió Benedetti á las tres y cuarenta y cinco minutos un telegrama á Paris que concluye en estos términos: «Tengo grandes motivos para suponer que no conseguiré nada en esto (1).» No anduvo errado Benedetti, á pesar de ignorar todavía la comunicacion del embajador de Prusia en Paris y la fuerza decisiva con que esta comunicacion imposibilitaba fuese continuada toda negociacion personal. A las siete de la noche Benedetti volvió á telegrafiar á Paris: «A mi solicitud de una nueva audiencia me manda á decir el rey que no podia volver á hablar respecto de las seguridades que á nuestro modo de ver debia dar para el porvenir; S. M. me manda decir que tocante á esto se referia á lo que me habia expuesto esta mañana, que es lo que en sustancia he comunicado á V. E. en mi primer telegrama de hoy y que he expuesto en una comunicacion que le enviaré mañana por la mañana. El rey ha consentido, segun me dice un enviado en su nombre, en aprobar enteramente y sin reservas la renuncia del príncipe, y dice que mas no podria hacer. Aguardo sus órdenes antes que parta yo de Ems. El señor de Bismarck no vendrá aquí; han llegado los ministros de Hacienda y del Interior.»

Lo que sorprendió en todo este suceso á Benedetti no fué la negativa del rey á su exigencia, porque esto ya lo esperaba, sino el haberse negado á recibirle personalmente, pues por la mañana le habia dicho que tan pronto como llegara el correo de Sigmaringen con la esperada contestacion le enviaria á buscar para comunicársela, y en lugar de esto se la habia comunicado por su edecan, á pesar de haber solicitado dos veces audiencia. Esto para nosotros tiene fácil explicacion sabiendo que el rey habia recibido la comunicacion de su embajador en Paris que le abrió los ojos, despues de saber con la mayor sorpresa que el emperador consideraba sin valor la renuncia del príncipe si no era aprobada explícitamente por el rey; que se le querian arrancar concesiones cada una mas imposible que la otra, por manera que si hubiese accedido á la primera, se le habria presentado acto

(1) *Mi mision en Prusia*, pág. 375.

continuo la segunda. Claro era que no podia, sin faltar á su dignidad, exponerse por mas tiempo á semejante tratamiento. Benedetti así lo comprendió cuando supo despues la relacion del embajador prusiano acerca de su entrevista con Gramont y Ollivier, y sintió profundamente que no se le hubiese presentado ocasion para contrarrestar la mala impresion que aquella comunicacion produjo en el ánimo del rey.

Por lo demás, no vió Benedetti ninguna ofensa en no haberle concedido el rey la audiencia solicitada, porque el rey le habia dado voluntariamente pruebas de complacencia desusadas en la corte de Berlin, donde, como hemos dicho ya en otra parte, no tenian los embajadores extranjeros tan fácil acceso á la persona del soberano como en la corte de Napoleon III; pues en Berlin debian solicitar las audiencias por escrito y hablar con el rey en presencia del ministro de Negocios extranjeros. Sin embargo, Guillermo habia recibido á Benedetti tres veces, el 9, 11 y 13 de julio, sin formalidades y sin la presencia del ministro, y no le recibió como jefe de la casa de Hohenzollern sino como rey de Prusia y en asuntos de gobierno, habiendo podido, sin faltar á las costumbres diplomáticas, dirigir al embajador francés al ministro. Además, Benedetti no tenia autorizacion ni poderes para concluir una negociacion, siendo simple agente, como en el mes de julio de 1866; y así como lo que decia no ligaba á su propio gobierno para nada, del mismo modo el rey estaba en su derecho de no continuar entrevistas sobre asuntos en que habia explicado completamente su modo de pensar. Por esto tampoco se dió Benedetti por ofendido ni mucho menos podia protestar contra la no recepcion, como despues supuso Ollivier. Si Benedetti hubiese solicitado audiencia para otro asunto, seguramente se la habria concedido el rey, pues que le recibió todavía el dia 14 cuando Benedetti solicitó ser recibido para despedirse antes de volver á Paris. En aquella entrevista le dijo el rey, que se habia propuesto visitar á la reina en Coblenza antes de regresar á Berlin, que podria hablarle en el salon de la estacion antes de su partida, conforme lo hizo, y á las tres y cuarenta minutos de la tarde pudo telegrafiar á Paris: «Acabo de hablar con el rey en la estacion y me ha dicho solamente que no tenia que comunicarme nada mas; que su gobierno continuaria las negociaciones que ocurrieran. S. M. me ha confirmado que su partida para Berlin tendrá efecto mañana por la mañana (2).»

Esta despedida cierra la série de pruebas de que en Ems no hubo insultador ni insultado, como dijo posteriormente muy bien Benedetti; pero en cambio hubo el famoso telegrama de Ems de la noche del 13 de julio, que inflamó á toda la nacion alemana, y que referia lo que Benedetti no habia confiado á nadie en Ems. Benedetti partió á Paris por la noche del dia 14 lleno de sombríos presentimientos, despues de haber leído todavía el citado telegrama y de haber tenido noticia de las expresiones lamentables que desde aquella noche se habian proferido al rededor del rey.

## CAPITULO VI

### LA DECLARACION DE GUERRA

En la mañana del mismo 13 de julio publicó *Le Constitutionnel* de Paris un artículo en el cual, despues de recordar la declaracion del 6 de julio, se decia: «El gobierno ha cumplido su palabra. Se ha apartado la candidatura de un príncipe aleman al trono de España, y la paz de Europa no se verá turbada. Los ministros del emperador han hablado en

(2) *Mi mision en Prusia*, pág. 387.



voz alta y con firmeza, como corresponde cuando se tiene el honor de gobernar un gran país. Han sido oídos: se ha dado satisfacción á sus justas reclamaciones. Estamos contentos. El príncipe Leopoldo de Hohenzollern había admitido la corona de España. Francia declaró que se opondría á un enlace político ó á un convenio de familia que consideraba amenazador para sus intereses, y la candidatura ha sido retirada. El príncipe de Hohenzollern no gobernará la España. No hemos pedido más, y con orgullo aceptamos esta solución pacífica. Es un gran triunfo que no cuesta ni una lágrima ni una gota de sangre (1).»

Este artículo iba firmado por Mitchel, el hombre de confianza del ministro Ollivier, que se servía de este periódico para su política; y en efecto, la opinión expresada en el citado artículo correspondió perfectamente con el lenguaje que el ministro había usado en los pasillos del palacio de Borbon (cuerpo legislativo). De la conversacion en la cual tomó parte poco despues en el ministerio de Negocios extranjeros, nadie tuvo conocimiento. Tampoco contradecía lo dicho en el citado artículo una declaración que hizo por la tarde del mismo día el duque de Gramont en las dos cámaras, porque se limitó á decir que tenía comunicacion oficial de la embajada de España manifestando que el príncipe de Hohenzollern había renunciado á su candidatura al trono. «Las negociaciones que sostenemos con Prusia, y que nunca tuvieron otro objeto, no están concluidas todavía. Nos es imposible comunicar mas sobre esto»

Nadie sabía nada de las dos reclamaciones ó exigencias posteriores que en la noche anterior había enviado el gobierno á Ems; por manera que hasta aquel momento la declaración de Gramont en las cámaras no contradecía el importante artículo del *Constitutionnel*, y natural era que se creyese en el giro pacífico del asunto, creencia que hizo estallar en la prensa una verdadera sublevacion. *La Presse* decía en un artículo titulado: *Las compensaciones imposibles*: «Esta victoria, que no nos cuesta ni una lágrima, ni una gota de sangre, sería para nosotros la peor de las humillaciones y el mayor de los peligros. Intervenga, pues, la cámara. Que se levante y que tome el vuelo con que recibió la declaración del 6 de julio. Sostuvo la política de la Francia cuando era atrevida y nacional. Que levante otra vez á aquellos que están dispuestos á ceder. El día 4 hubimos de escoger entre precaucion y osadía. Nos decidimos por la osadía. Hoy solo tenemos que escoger entre la osadía y la vergüenza. ¿Cuál es el orador, cuál el literato que se atreva á aconsejar en un periódico que nos detengamos? El valor ha llegado á ser hoy nuestra mejor sabiduría. No puede haber falta mas grave y mas terrible que contentarnos hoy con un escarnio de satisfacción. Porque ciertas palabras que se escaparon al señor ministro de Justicia infundieron el temor de que nos contentáramos con una satisfacción ridícula, se presentó ayer la excitacion tan general y tan tempestuosa.»

El gobierno recogía á la sazón la tempestad originada por el viento que había sembrado el 6 de julio; era por lo demás lo que deseaba, pues no tenía intencion de retroceder, ya que había dado libérrimamente el paso que había de hacer inevitable la guerra. Aunque hubiese querido retroceder, no lo habría podido hacer ya. Las pasiones que había excitado tan inicuamente, no se dejaron encadenar de nuevo. A la primera señal de que se pudiera cambiar de rumbo se cumplió en Ollivier lo que había dicho antes á los que excitaban á la guerra, que la guerra se les impondría á ellos contra su voluntad.

El diario la *Opinion Nationale* dijo en un artículo de Gué-

(1) Copiado en la obra de Benedetti, pág. 405.

roult: «Llevadas á la tribuna las quejas de la Francia, enardecido el sentimiento del honor nacional, abierta la perspectiva de una lucha terrible, es triste, y, digámoslo claramente, un poco ridículo, querer aceptar de la agencia Havas la renuncia del padre Antonio, sin que la Prusia se vea obligada á salir de su actitud de neutralidad artificial. Al ver que el gobierno francés rechazaba con tanta soberbia y firmeza la intriga Hohenzollern, nos dijimos: la Francia no quiere que continúe la política de concesiones; renuncia á una longanimidad que no es agradecida, y quiere sacar provecho de una mina que acaba de estallar á tiempo para llamar á la Prusia á cuentas y obligarla por buenas ó por malas á cumplir los tratados. Así lo ha comprendido casi toda la Francia y por eso se ha adherido al atrevido paso del gabinete y por eso ha recibido con tanto júbilo la perspectiva de una guerra cuya gravedad, no obstante, nadie se ocultaba. Hoy se nos dice que tenemos paz. ¿Qué clase de paz? ¿Qué hemos conseguido de la Prusia? ¿Qué retractacion de lo pasado? ¿Qué seguridad para el porvenir? Nada. El candidato prusiano continúa entre bastidores y viene su papá para anunciar su renuncia.»

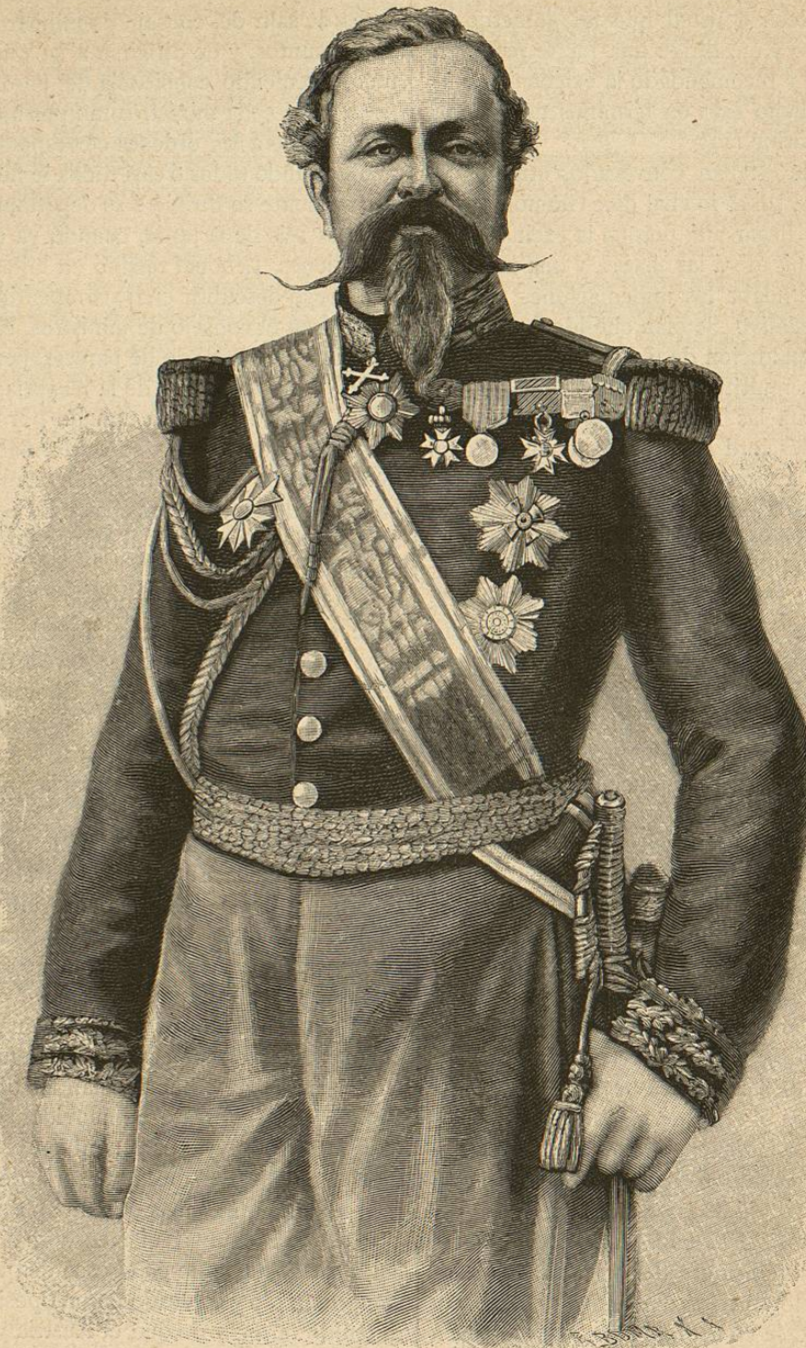
Todos los artículos belicosos publicados entonces confesaron que el júbilo del 6 de julio no había tenido otro motivo mas que la creencia general de que la guerra era segura, sin rodeos ni aplazamientos, de que todo el mundo se admiraba de que no la hubiese declarado la Prusia y de que era menester que la Francia la provocase por una combinacion nueva. El periódico ultramontano *L'Univers*, de L. Veuillot, dijo: «Una guerra con Prusia sería popular en Francia; las quejas ya viejas son muchas, el interés actual es seguro y el derecho suficiente. El entusiasmo patriótico ha ganado por la mano á la diplomacia. Apenas se habían abierto las negociaciones entre las potencias interesadas, cuando empezaron los armamentos. Se negociaba sobre la paz y solo se hablaba de guerra. La opinión pública experimentaría una gran decepcion si se arreglara el asunto por la diplomacia. Hay momentos en que la sabiduría ordena callarse ó hablar como todo el mundo. La guerra parece probable, porque corresponde al deseo del país. La ocasion, el pretexto ó el motivo son buenos. La Francia no puede permitir que la Prusia se engrandezca mas; para impedirlo hay que reducirla. Esta es una cuestion política que ha de ser zanjada solo por las armas entre ambos pueblos. Mejor hoy que mañana.»

*L'Univers* tenía motivos particulares, en atencion á la campaña espiritual que á la sazón preparaba el concilio vaticano en Roma, para querer que estallase cuanto antes la guerra de aniquilamiento contra la Prusia; mas en igual sentido se expresó la prensa política que no estaba sometida á la influencia de Ollivier, el *Monitor*, el *Temps*, el *Journal des Debats* y el *Constitutionnel*. El *Figaro*, el *National*, la *Liberté*, el *Paris Journal*, *Le Soir*, *Le Francaise*, la *Gacete de France* y *Le Siecle* condenaron la aparente retirada del ministerio y pidieron que mantuviese su exigencia de una satisfacción completa, probando así su complicidad con la política del gobierno, que había penetrado en la senda de la guerra mas de lo que estos periódicos creían ni sospechaban. Lo que aquel mismo día 13 de julio propuso el gobierno francés al rey de Prusia en Ems había sido recibido por la citada prensa con el mayor júbilo; y la *Gacete de France* dijo muy acertadamente, hablando del espíritu que dominaba desde el 6 de julio: «Toda la Francia creía que el gobierno, decidido á tomar venganza de la victoria de Sadowa, consideraba que este era el momento de llegar seriamente á las manos con la Prusia. Se consideró el asunto hispano-prusiano como un pretexto, porque el pretexto era siempre necesario, y se creía que la guerra sería rápida, enérgica y vengadora.» A esta guerra debía encaminarse la nueva declaración que todo el

mundo esperaba del ministerio, despues que la declaración del día 13 había sido recibida con silencio glacial. «Si no viene, dijo *Le Soir*, será mas que una falta, mas que un desengaño, será una risotada colosal, y el ministerio estará frio en su silencio como si le hubiesen echado un cubo de agua encima (1).»

Este era el estado de los ánimos cuando el 14 de julio se

reunieron en las Tullerías los ministros presididos por el emperador, que había acudido expresamente de Saint-Cloud, para tomar una resolución decisiva. La primera sesion duró desde las nueve hasta las doce y no produjo ningun resultado, si bien habían llegado de Ems y de Berlin noticias gravísimas como las de Benedetti desde Ems y las de Lesourd desde Berlin. Este participaba que la *Gaceta de la Alemania del*



El mariscal Leboeuf (segun el grabado de A. Weger, copia de una fotografia)

*Norte* acababa de publicar un telégrama de Ems segun el cual el rey Guillermo había enviado á decir á Benedetti, en contestacion á su exigencia de garantías para el porvenir, que nada mas tenía que decirle (2). Dice Gramont que á pesar de la inmensa excitacion del pueblo, que durante estos días

(1) Véase la coleccion de artículos de la prensa en la obra de Girardeau: *La verité sur la campagne de 1870*, pág. 45.

(2) Este es el famoso telégrama de Ems del 13 de julio, del cual hablaremos todavía. El de Benedetti del mismo día, expedido á las siete de la noche, que notificaba la negacion de la audiencia pedida últimamente y la definitiva de la promesa para el porvenir, había llegado á

se mostraba en manifestaciones amenazadoras hasta debajo de los balcones de palacio y delante de las puertas de los ministerios, el gabinete había conservado una calma inquebrantable y no se había dejado sorprender por semejante telégrama de un periódico extranjero. De ahí se infiere que los ministros, á cuyas espaldas el duque había procedido el 7 de julio, no estaban de acuerdo con la marcha y giro que había

Paris á las once; y por esto no se comprende cómo Gramont pudo decir en su libro (pág. 207) que el consejo de ministros conservaba todavía esperanza de sacar partido de la aprobacion del rey como base para una solución pacífica.